

Las guerrilleras

Monique Wittig

Traducido del francés por María Enguix Tercero
Prólogo de Nerea Pérez de las Heras

Seguido de «Algunos apuntes sobre *Las guerrilleras*»,
de Monique Wittig

PRÓLOGO

Levantar realidad desde la nada

El primer contacto que tuve con la obra de Monique Wittig fue a través de una edición de *El pensamiento heterosexual*, que hoy ha hecho cientos, quizás miles de kilómetros dentro de mis bolsos y mochilas y está tan anotada y desgastada como un texto sagrado. Un 26 de abril de hace unos años, día de la visibilidad lesbica, repasé una vez más el libro para fotografiar algún párrafo contundente y publicarlo en mi cuenta de Instagram. Releí subrayados y notas a lápiz, pasé las páginas hacia delante y hacia atrás, sometí mi ejemplar al manoseo más intenso hasta la fecha. No era la indecisión lo que me impedía elegir sino el miedo.

¿Qué es la mujer? Pánico, zafarrancho general de la defensa activa. Francamente es un problema que no tienen las lesbianas, por un cambio de perspectiva, y

sería impropio decir que las lesbianas viven, se asocian, hacen el amor con mujeres porque «la mujer» no tiene sentido más que en los sistemas heterosexuales de pensamiento y en los sistemas económicos heterosexuales. Las lesbianas no son mujeres.¹

Elegí el párrafo que contiene la cuestión más explosiva del pensamiento de la autora y que proviene de finales de los años setenta, que tiene que ver con lo que ella misma denominó «lesbianismo materialista»: la heterosexualidad no es un orden natural, ni siquiera una orientación sexual, es un régimen político obligatorio que se basa en la sumisión y la apropiación de las mujeres y del que las lesbianas somos desertoras. Sujeté el libro para la fotografía de modo que parte del texto quedaba oculto, no quería mostrar la manicura extravagante que llevaba entonces ni agitar fantasías lésbicas (las lesbianas adoran las manos, pero la mía en aquella imagen era una triste herramienta de censura). Temía hacer daño a alguien o despertar ira y confusión. Cuatro

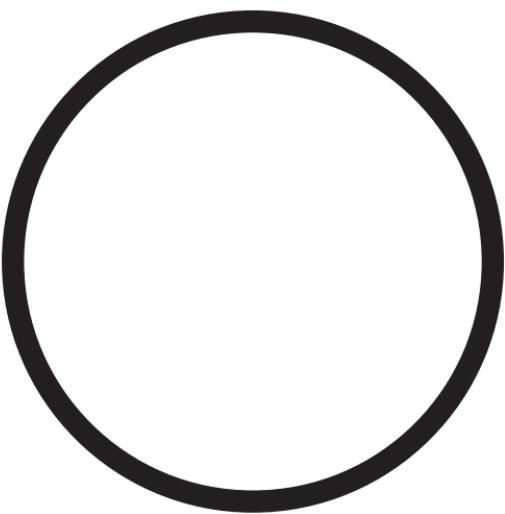
¹ Final del texto «El pensamiento heterosexual», leído por la autora en la conferencia de la Modern Language Association, en Nueva York en 1978. Aparece recogido en *El pensamiento heterosexual y otros ensayos* (traducido por Javier Sáez y Paco Vidarte), Paidós, 2024.

Las guerrilleras

HUECOS DE ORO LAGUNAS
SON VISTOS LOS VERDES DESIERTOS
SON SOÑADOS SERÁN HABLADOS
LAS AVES DE AZABACHE INMÓVILES
LAS ARMAS ECHADAS AL SOL
EL SON DE LAS VOCES CANTANTES
LAS MUERTAS LAS MUERTAS LAS MUERTAS

CONNIVENCIAS REVOLUCIONES
EL FERVOR EN EL COMBATE
CALOR INTENSO DICHA Y MUERTE
EN LOS TORSOS CON SENOS
LOS FÉNIX LOS FÉNIX LOS FÉNIX
CÉLIBES Y DORADOS LIBRES
SE OYEN SUS ALAS DESPLEGADAS

LAS AVES LAS SIRENAS NADADORAS
LAS ESPINAS TRASLÚCIDAS LAS ALAS
LOS SOLES VERDES LOS SOLES VERDES
LOS PRADOS VIOLETAS Y LLANOS
LOS GRITOS LAS RISAS LOS MOVIMIENTOS
ELLAS AFIRMAN TRIUNFALES QUE
TODO GESTO ES VUELCO.



Cuando llueve, ellas permanecen en el quiosco. Se oye el agua arremeter contra las tejas y surcar las pendientes del tejado. Cortinas de lluvia rodean el pabellón del jardín, el agua que baja por los ángulos posee un caudal más impetuoso, se forman como fuentes que horadan las piedras al tocar el suelo. Al cabo de un rato una dice que es como un ruido de micción, que no se aguanta más, y se pone en cucillas. Entonces unas cuantas le hacen un corro alrededor para mirar cómo las ninfas expulsan la orina.

Ellas se asustan entre ellas escondiéndose detrás de los árboles. Una u otra pide clemencia. Después se dejan atrapar en la oscuridad al grito de ay

de las vencidas. O buscan a tientas, husmeando a aquella cuyo perfume se venera. El amomum el anís el betel la canela la cubeba la menta el regaliz el musgo el jengibre el clavo la nuez moscada la pimienta el azafrán la salvia la vainilla se pueden venerar sucesivamente. Las portadoras de esos perfumes son entonces perseguidas en la oscuridad, como a la gallina ciega. Se oyen gritos risas ruidos de caídas.

Algunas veces sucede que si el día es gris ellas se echan a llorar a lágrima viva y dicen que bajo el sol los tejados de las casas y las paredes tienen un color muy diferente. La niebla se extiende sobre el agua sobre los campos en torno a las casas. Penetra tras las ventanas cerradas. Una viene a visitar la casa. No pueda verla. Las grandes pinturas de violentos colores desaparecen detrás de vapores

naranja. Se deja caer entonces al suelo pidiendo que la distraigan. Le narran con profusión de detalles la historia de aquella que, cuando habla de su vulva, tiene por costumbre decir que gracias a esta brújula puede navegar de levante a poniente.

Unas cuantas nadan dejándose llevar a la deriva hacia las últimas manchas de sol en el mar. En el punto más luminoso, cuando, cegadas, intentan alejarse, dicen que les sobreviene una pestilencia insopportable. Más tarde, atacadas de vomitonas, se ponen a gemir braceando con fiereza, nadando lo más rápido que pueden. En un momento dado tropiezan con la carroña flotante de un burro, los remolinos de agua sacan de cuando en cuando partes viscosas informes de un color indecible lustrosas. Ellas dicen que han gritado con

todas sus fuerzas, derramando copiosas lágrimas, lamentando que no se levante ni una brisa marina para espantar el hedor, sosteniendo por los brazos y las ingles a una que se ha desmayado, mientras los vómitos se multiplican alrededor de ellas en la superficie del agua.

Si alguna camina por la costa, a duras penas logra tenerse en pie. A través de los setos se vislumbran cólquicos blancos y violetas u hongos de sombreiro rosa. La hierba no está crecida. También hay becerras, en abundancia. Las casas quedan cerradas a partir de las lluvias otoñales. En los jardines no hay niñas jugando. No hay flores en los partidores. Quedan algunos juguetes abandonados, un aro de madera pintado un olisbo rojo y azul una pelota blanca un fusil de plomo.

Cuando hacen falta provisiones se va al mercado. Se pasa por delante de los tenderetes de frutas de verduras de botellas de vidrio rosa azul rojo verde. Hay pilas de naranjas naranja de piñas ocres de mandarinas de nueces de mangos verdes y rosa de griñones azules de melocotones verdes y rosa de albaricoques amarillos anaranjados. Hay sandías papayas aguacates melones de agua almendras verdes nísperos. Hay pepinos berenjenas coles espárragos mandioca blanca guindillas calabazas. Sobre los brazos desnudos de las jóvenes vendedoras se posan avispas que van y vienen.

Las cazadoras llevan sombreros marrón oscuro y perros. Al oír los tiros, Dominique Aron dice que el pájaro sigue volando, que la liebre sigue corriendo, que el jabalí que el ciervo que el zorro que el facóquero siguen corriendo. Es posible vigilar los alrededores. Si un grupo avanza por la carretera y se levanta una nube de polvo, ellas lo observan acercarse y empiezan a dar voces para que las ventanas permanezcan cerradas y los fusiles empuñados detrás de las ventanas. Anne Damien juega a Ana, hermana mía, no ves venir a nadie, solo veo la hierba que verdea y el camino que polvorea.

Un caballo enganchado a una carreta pasa al atardecer. La carreta lleva una pila de remolachas cortadas o patatas o hierba forrajera. Mucho antes y mucho después de su paso se oyen las pezuñas

LO QUE LAS DESIGNA COMO
EL OJO DE LAS CÍCLOPES,
SU ÚNICO NOMBRE,
OSEAS BALKIS SARA NICEA
ÍOLE CORE SABINA DANIELA
GALUINDA EDNA JOSEFA